

en unión de otro lego, F. Juan Villerías, D. Joaquín Sevilla y Olmedo, oficial de lanceros de San Carlos, y de D. Francisco Lanzagorta, originario de esta ciudad y agente de Allende en la insurrección, los males por sólo su astucia, lograron poco tiempo después de la salida de Calleja, seducir una parte de la guarnición de San Luis Potosí, vencer á la restante, hacer prisioneros á más de cuarenta españoles y establecer por fin un gobierno nacional, preguntándole si podría pasar por dicha ciudad para la de Guanajuato, á donde se dirigía con la tropa que estaba á sus órdenes con fin de auxiliar á Allende, y se le contestó que sí; este traidor no sólo no fué á prestar sus servicios que prometía, sino que á su vez sorprendió en San Luis á los expresados Herrera, Villerías, Olmedo y Lanzagorta, haciéndolos prisioneros (si bien en seguida los puso en libertad, diciéndoles que todo era por restablecer el orden), y saqueando con su canalla la ciudad; hecho que indignó sobremanera á Allende y que si no castigó, fué porque no pudo, como después veremos.

Persuadido ya de que era por demás esperar recursos de fuera, Allende se resolvió á aguardar á Calleja en Guanajuato, no obstante lo muy angustiado de su situación, porque como se ha dicho, carecía de fusiles, de tropa (que no pasaría de quince mil hombres), y de tiempo para proporcionársela, aun cuando hubiese sido de la propia ciudad y sus alrededores. Imposible era, pues, no diremos triunfar.

pero ni aun resistir siquiera con tan mezquinos elementos, y por tanto, la derrota fué indefectible.

Veamos en qué términos pasó, según las relaciones históricas, no obstante parecernos confusas y aun trucas todas las que hemos visto. Según D. Carlos Bustamante, que sin duda ha servido de fuente á los demás, incluyendo al propio Alamán, que no ponía de su parte otra cosa que lo que condujera al desconcepto de los caudillos de la independencia, á quienes profesaba un odio mortal, Calleja salió de Querétaro el día 15 de Noviembre y se presentó en Guanajuato el del veinticuatro, esquivando la entrada natural por Marfil, por haber tenido aviso oportuno de un regidor del Ayuntamiento de Guanajuato, de las fogatas que por allí había puesto Allende: dividió su ejército, uno, el de la derecha, encargó á Tlon, y el otro, de la izquierda, reservó para sí y avanzando el primero por el camino de la Yerbabuena y el segundo por el nuevo de Santa Ana. Allende había situado algunas piezas de artillería en las alturas de estos caminos, y sus fuegos, aunque débiles, detuvieron al ejército por un momento: pero por fin, cedieron y ambos trozos marcharon, el uno hasta llegar á las cañerías, y el otro hasta el real de Valenciana, donde respectivamente se detuvieron, no tanto por la resistencia de los insurgentes, cuanto por haberse acabado la luz del día á la hora que los ocuparon. En la tarde de este día irgó bien y sin interrupción, un cañón de á diez y seis, que por orden de

Allende fué colocado en el cerro del Cuarto, y fué el que de un modo especial contuvo á Flon, que como hemos dicho, había tomado el camino de la Yerbabuena, que conducía al punto de las Carreras. Pero antes de pasar adelante, hablaremos en pocas líneas de un hecho atroz, inicuo y que nunca será disculpable ni aun atendiendo al odio profundo que en aquellos días, hablando por punto general, se les tenía á los españoles, dimanado de la conducta despótica de éstos con los criollos, particularmente con el pueblo bajo. Cerca de las cuatro de la tarde del mismo día veinticuatro, entendiéndose en Guanajuato que las tropas del rey habían arrojado á las de los insurgentes, y que en la propia noche podrían entrar éstos triunfantes, comenzó la plebe á inquietarse y á formarse en varios grupos, toda en actitud amenazadora, y en uno de ellos se presentó un negro platero llamado Lino, y exaltado acaso más que ninguno otro, recordó á varios de los que lo acompañaban, que en el castillo de Granaditas estaban presos muchos españoles y los invitó para que fueran á matarlos y en el acto se dirigieron allá en gran número. En vano D. Mariáño Licéaga, sabedor de aquella revolución, se colocó en la puerta del castillo para impedirla, é hirió á varios de los amotinados, pues cayó de una pedrada que le dieron; en vano con el mismo fin ocurrieron D. Pedro Otero y el sargento Francisco Tovar, y en vano llegaron posteriormente el cura D. Juan de Dios Gutiérrez, varios clérigos y re-

ligiosos, pues la plebe había ya forzado las puertas de los cuartos donde estaban los presos y dado muerte á la mayor parte de ellos, puesto que de doscientos cuarenta y siete que allí existían sólo escaparon treinta y tantos. Después, dice D. Carlos, entraron al saqueo: se llevaron varios tercios de efectos que allí había depositados, la ropa y cama de los cuerpos y dejaron desnudos sus cadáveres." Atentado tan grave y provocación tanta á la genial ferocidad de Calleja y de Flon, á la vez que llenó de pavor á los guanajuatenses, los hizo formar una idea de las represalias que bien pronto habían de tener lugar. En esta horrible situación se pasó la tarde y toda la noche.

Poco después de las tres de la mañana del día veinticinco, movidas las tropas realistas sobre Guanajuato, estalló de nuevo el cañón de á diez y seis que los insurgentes tenían, como hemos dicho, en el cerro del Cuarto, y aunque poco después se interrumpieron los fuegos, comenzaron muy vivos de nuevo desde antes de las siete hasta las ocho y media, en que acabaron de ser tomadas sucesivamente las posiciones de los insurgentes y casi aniquilada toda su fuerza. Allende, y en su compañía Aldama, Jiménez, á quienes les encomendó la acción, sin duda por sus conocimientos en la artillería y los demás jefes, salió de Guanajuato por el camino de Mellado, sin que osase nadie, dice Bustamante, perseguirle.

Nosotros debíamos seguir los pasos de D. Ignacio Allende, como objeto principal de nuestro breve relato, pero

como hemos indicado un poco antes las represalias á que dieron lugar los accidentes de la Alhóndiga, y al fin tengan relación con aquel caudillo, los resultados de la desgraciada resistencia á los realistas en Guanajuato, creemos de nuestra relación tocar este punto, y así lo haremos desde luego extractando al efecto, lo más sustancial de las historias de Bustamante y Alamán, que son, aunque por diversos respectos, las más populares en la República, como ya antes de ahora lo hemos insinuado. Dice D. Carlos: Noticioso Calleja del asesinato de Granaditas, mandó tocar á degüello y que sus tropas pasasen á cuantos pudiesen á cuchillo, como se verificó en gentes inermes que, ó por curiosidad se hallaban desde Valenciana hasta el barrio de San Roque, donde mandó suspender esta orden bárbara. El conde la Cadena, tenía ya á punto sus dragones para hacer lo mismo; pero en este mismo momento una voz de trueno, lo sobrecogió é hizo reflexionar y volver sobre sus pasos: el la de Fr. José de Belaunzarán, comisario de terceros de San Diego de Guanajuato, que se le presentó con un crucifijo en la mano, y á grito herido, le dijo: ¡Señor, esta gente que se halla presente á los ojos de V. S., no ha causado el menor daño; si lo hubiera hecho, vagaría fugitiva por esos montes, como andan otras muchas; suspéndase, señor, la orden que se ha dado, yo lo pido por este Señor, que en el último día de los tiempos le ha de pedir cuenta de esa sangre que quiere derra-

mar.... Formidó el conde de la Cadena al oír estas palabras, se quedó confuso y no hizo mal alguno....” Calleja se dirigió á las casas consistoriales al mismo tiempo que el conde de la Cadena llegaba á ellas. El primero hizo salir inmediatamente de la ciudad la mayor parte de sus tropas y artillería, para que fuesen á ocupar la salida de la cañada de Marfil, en el punto llamado Talapita, y sólo quedó en la ciudad el regimiento de infantería de la corona, y dragones de Puebla. Inmediatamente mandó publicar un bando, prender al mismo tiempo á varias personas particulares, que fueron llevadas al campamento, donde se mantuvieron hasta otro día; que fueron llevadas á Granaditas: nombró por intendente interino al alférez real D. Fernando Pérez Marañón, restituyó el empleo de alcalde ordinario á D. Miguel Arismendi y mandó al cabildo proceder á la elección del segundo voto para subsanar los defectos que en su concepto tenía la de D. José María Chico. En la tarde del mismo día (veinticinco de Noviembre), mandó publicar otro bando sobre presentación de armas, que fué puntualmente obedecido, llevándose éstas á su campamento: ni aun los regidores, alcaldes y demás empleados pudieron esconder sus espadines; ya se ve (reflexiona D. Carlos), el caso era tomar las empuñaduras de oro, porque por lo demás, eran unos asadores, así es que en México la esposa de Calleja entregó una gran porción de alhajas de este metal machacadas al patrón Ven-
Allende.—12.

ra, montador de diamantes, á cambio de unas peochas: todo entró en las depredaciones de este general, de que se le acusó generalmente.

El lunes veintiséis de Noviembre, por la mañana, hizo juntar todos los carpinteros de Guanajuato para que fabricasen horcas; se hizo poner, á más de la que está en la plaza mayor, enfrente de Granaditas, en la plazuela de San Fernando, en la de la Compañía, en la de San Diego, en la de San Juan, en la de Mejía Mora y una en cada plaza de las minas principales..... por lo que á cada paso se encontraba el viajero con una horca.... Nombró un comisionado de los oficiales de su ejército, que acompañado del escribano de Cabildo, fuese á Granaditas, y examinando á los de la plebe que habían prendido sus soldados el día anterior, de los que no perecieron en el degüello y estaban encerrados allí, calificasen los que eran conocidos por hombres de bien y no habían tenido participio en el asesinato de los europeos, para que los pusiesen en libertad, y que á los restantes los diezmasen para ahorcar á los que tocase la suerte; así se ejecutó, y después de haber dado libertad á un gran número de ellos se diezmaron doscientos: los veinte que resultaron fueron pasados por las armas allí mismo, porque no había verdugos para ahorcarlos. El mismo género de muerte sufrieron tres de los sujetos principales, que lo fueron D. José Antonio Gómez, nombrado intendente por Hidalgo; D. Rafael Avalos, catedrático de matemáticas de

aquel colegio y director de la fundición de cañones, y D. José Ordóñez, teniente veterano de dragones del príncipe, y sargento mayor del regimiento que se había levantado en Guanajuato. El martes veinte y siete se diezmaron ciento ochenta y los diez y ocho que resultaron de esta operación fueron ahorcados esa misma tarde en la plaza mayor. El miércoles veintiocho sufrieron la misma pena en la horca de Granaditas, ocho individuos, en cuyo número se comprendieron Don Casimiro Chovel, colegial de Minería y empleado en dicha mina de administrador; D. Ramón Fabie, D. Ignacio Ayala, el primero coronel, el segundo teniente coronel y el último sargento mayor del regimiento de infantería de Guanajuato. El jueves veintinueve por la tarde mandó imponer la pena del último suplicio á cuatro individuos, y cuando ya dos la habían sufrido en la horca de Granaditas, mandó Calleja publicar el bando de indulto, y con este motivo se suspendió la ejecución en los dos restantes. Mandó igualmente reunir á los eclesiásticos para hacerles presente el sentimiento que tenía de que hubiesen predicado en favor de la revolución. Suplió por la voz de este general la de Fr. Diego Pringas Encinas, crucífero de Querétaro.

En cuanto á la pérdida que sufrieron ambos ejércitos, podemos decir que la del de Calleja fué insignificante, y la de Allende de consideración. D. Lucas Alamán la expresa en estos términos: "La del ejército real se redujo á un dragón muerto, con pocos

heridos y contusos de piedra, entre los que se contó el conde de la Cadena, lo que prueba los escasos medios de defensa que podían emplear los insurgentes, pues la artillería, de que tenían veintidós cañones estaba tan mal montada, que las piezas no podían variar la puntería, quedando fijas en la posición que una vez se les daba. La de éstos la hace subir el Ayuntamiento de aquella ciudad á ocho mil hombres, y Calleja, sin fijar número, dice en su parte que fué muy considerable; pero de la relación dada por el cura de Marfil, encargado de enterrar los cadáveres, resulta que no se recogieron más de doscientos cuarenta y seis, de los cuales se encontraron doscientos catorce en el cerro del tumulto, que desde entonces se llama de la guerra, por haber sido aquel punto en donde fué más empeñada la pelea, y aunque quedaron muchos esparcidos en las barrancas en que cayeron en la fuga, en socavones de minas viejas, y en otros lugares inaccesibles, nunca podrán pasar de mil quinientos.... Calleja, por hacer más glorioso su triunfo, exagera también el número de combatientes, que dice llegaban á setenta mil, cuando no podría haber ni aun la mitad, pues no concurrió á la acción más que la gente reunida en algunos puntos comarcanos, y una parte de la plebe de la ciudad y de las minas.

Amarga fué sin duda la situación de D. Ignacio Allende en su retirada de Aculco, pero mucho más lo fué y debió serlo á su salida de Guanajuato, que verificó el veinticinco de Noviembre, á

la hora en que entraba el ejército de Calleja, pues á la vez que se encontraba en la misma falta de recursos para sostener la guerra de independencia, eran más sus desencantos en orden al patriotismo de sus colaboradores, y por consiguiente, más débiles sus esperanzas de conseguir un completo triunfo sobre sus enemigos. Además, él no sabía si debía seguir á Hidalgo, que como lo hemos indicado, había marchado de Valladolid á Guadalupe, originando esta duda la desavenencia en que estaba con aquel caudillo, ni si podía contar con las tropas de D. Rafael Iriarte, de cuya fidelidad no estaba seguro, ya por su vil comportamiento en San Luis Potosí, ya también por su indisculpable tardanza en auxiliarlo, ni quería tampoco encabezar un nuevo ejército (cosa que habría andado acertado), por el temor de hacer públicos sus disgustos con Hidalgo; sin embargo, él se decidió por fin á reunir con Iriarte, y sabiendo que se hallaba éste en la Villa de San Felipe, se dirigió á ella en unión de Aldama, Malo, Jiménez, Abasolo y algunos otros jefes que le protestaron seguir su propia suerte. Al día siguiente, pues, llegó á dicha Villa, y muy luego salió de allí para la ciudad de Zacatecas, llevando ya á sus órdenes á Iriarte con sus tropas, que tampoco eran de lo más disciplinado, ni numerosas. Pero entretanto, y conforme al plan que nos hemos propuesto seguir en esta corta reseña, conviene que por un momento volvamos la vista á la persona del cura Hidalgo, á quien le-

jamos después de la derrota de Acapulco en la ciudad de Valladolid.

Después de los grandes descalabros que habían sufrido los generales mexicanos en Aculco y Guanajuato, parece que debía haber acabado ó amortiguándose, por lo mismo, el fuego de la insurrección, y así lo esperaban muchos, principalmente los españoles y gente del país que bien se hallaban con el gobierno de éstos; pero como una idea de justicia y un principio de razón no pueden ser destruidos con la fuerza física y antes bien en su persuasión suelen animarse y robustecerse más y más por cuanto que su origen y su destino miran siempre á la perfectibilidad de la especie humana y en esta eterna disposición sea la primera, primera, el que es Todo-poderoso y por lo mismo, irresistible, requisito que, como hemos demostrado antes, condicionaban la voz de independenciam, fueran cuales fuesen los desaciertos de sus caudillos, esa voz no podía ser sofocada, y por lo tanto, si era contenida en una parte, resonaba en otras mil y sus efectos eran tan poderosos, como su motivo. Por eso fué que mientras algunas ciudades eran ocupadas por los realistas, debido á sus fáciles triunfos, provincias enteras del reino se alzaban en su contra. Así lo entendió Hidalgo en su retirada para Valladolid y en su marcha de este punto para Guadalajara, en cuya travesía iba recibiendo los más reiterados testimonios de adhesión, considerables auxilios de tropas y dinero y sobre todo, la noticia de que por distintas partes

había jefes con partidas más ó menos grandes de insurgentes, que anhelaban por su presencia, que le ofrecían su sumisión. Los principales de estos jefes eran Godines, Alatorre, Huidrobo, Alercado, Portugal y Navarro, algunos otros y el más importante de todos, por su viveza, patriotismo y valor, Torres, D. José Antonio, el cual después de haber derrotado completamente las fuerzas que para resistir á los insurgentes había organizado el Brigadier D. Roque Abarca, haciendo venir las divisiones militares de Tepic y Colima, y armando todo el batallón provisional de Guadalajara, á dos compañías de voluntarios de aquel comercio, formadas en lo general de cajeros y jóvenes cursantes de la universidad y colegios: y á un regimiento llamado de la Cruzada, en el que figuraban ambos cleros y cuantos más se les quisieron reunir, esto último por disposición del Obispo de la Diócesis, D. Juan Cruces Pinos Cabañas, cuya derrota tuvo lugar en Zacoalco, y salídose de la ciudad por tal causa dicho Abarca, el obispo y la mayor parte de los europeos había entrado á Guadalajara y aguardaba la llegada de Hidalgo, que se verificó el veintiséis de Noviembre. Para recibirlo, dice D. Lucas Alamán, se formó la tropa de Torres en dos alas en la carrera hasta la puerta de Catedral, en la que estaba el batallón de infantería provincial, que le hizo los honores de generalísimo: seguíanle una comitiva de más de cien coches, las calles estaban llenas de gente y adornadas de colgaduras. En la puerta

de la iglesia se hallaba prevenido un altar portátil, en el cual el Deán le dió el agua bendita, y pasando Hidalgo al presbiterio, se cantó el Te Deum; concluido éste salió á pie en procesión hasta el palacio, en cuyo salón principal, sentado bajo de docel, recibió las felicitaciones de todas las autoridades, á cuyas arengas contestó haciendo ostentación de su profesión de orador, complaciéndose mucho en una ceremonia que alhagaba á un tiempo su afición á este género de popas y sus inclinaciones de estudiantes." A pesar del sarcasmo que no podía faltar, se ve por lo que dice este escritor que en la ciudad de Guadalajara, como en todo el camino que recorriera Hidalgo, había un gran entusiasmo por la independencia, y con menos precipitación y más orden, allá se habría logrado en poco tiempo, y lo que es más, sin las horribles represalias que más de una vez la desacreditaron. Sin embargo, menester es convenir en que Hidalgo sin haber hecho todo lo que podía y debía, hizo mucho en favor de la causa en el poco tiempo que permaneció en Guadalajara, aprovechándose de la buena disposición que le manifestaban sus habitantes y la de todos los pueblos comarcanos; y decimos que no hizo cuanto podía y debía, porque, en nuestro concepto, si era urgente la organización del gobierno político en Guadalajara, lo era aún más la de las tropas, como que sin ellas, por más grandes que fueran sus esfuerzos para triunfar del partido realista, no podría conseguirlo mientras no lo venciese

con las armas, que era el terreno á que se le llamaba, en el que siempre decide, no la justicia sino la fuerza física, y con tanta más prontitud cuanto que no ignoraba ni podía ignorar que Calleja le seguía los pasos, y que si las armas nacionales eran vencidas en su tercer encuentro, era ya muy difícil cuando no imposible, lograr después una victoria completa, y por consecuencia de todo que vendrían á ser inútiles, á lo menos para él y sus compañeros, todas sus medidas en lo económico y administrativo de aquella grande é importante ciudad; y decimos que hizo mucho porque entre otras providencias, tomó la de manifestar por la prensa, este órgano el más poderoso que haya inventado la inteligencia, para propagar sus principios, los de la noticia de la independencia que hasta entonces no se conocían, sino por instinto, podemos decirlo así, y de ese modo les daba toda la fuerza y todo el prestigio que en sí tiene y tendrá siempre la opinión. Veamos lo que hizo Hidalgo en Guadalajara, según los datos que ministran las obras de D. Carlos Bustamante y de D. Lucas Alamán: restableció la audiencia que había sido disuelta á la entrada de D. Antonio Torres, substituyendo por mexicanos á los españoles, formó un gabinete compuesto de dos ministros, que lo fueron D. José María Chico (originario de Guanajuato), con el nombre de "gracia y justicia," que hizo también Presidente de la audiencia, y el Lic. D. Ignacio López Rayón (que lo era de Tlalpujahuá) con el de Secreta-

rio de Estado y del despacho; declaró por un decreto la libertad de los esclavos; mandó que las tierras de las comunidades de los pueblos se cultivaran exclusivamente por los indios; extinguió los tributos, estanco de pólvora y papel sellado; prohibió severamente tomar bagajes, pasturas y otros objetos de las fincas de los criollos; é hizo imprimir un periódico titulado "Despertador Americano," y multitud de proclamas y otros papeles; hechos todos que prueban su vasta inteligencia, aun cuando se adviertan en algunos de ellos ciertos defectos muy disculpables y aun necesarios en aquella época de ignorancia y de opresión; pero como lo hemos dicho desentendiéndose en gran parte del ejército, esto es, de su arreglo y su instrucción, le faltaba lo más necesario, lo que únicamente podía darle subsistencia á todas aquellas medidas sabias sí, pero propias de tiempos pacíficos y normales, y no de tanta agitación y premura, y es que, como también lo hemos dicho, Hidalgo aspiraba únicamente á la reunión de grandes masas populares, porque por un error lamentable creyó que era el número y no la disciplina lo que siempre podría darle la victoria. Pero es ya tiempo de que nos ocupemos de nuevo de D. Ignacio Allende, á quien dejamos en Zacatecas.

El contaba con Iriarte, á pesar de su conducta en San Luis Potosí y de su culpable tardanza, cuando como á otros generales los llamaba á Guanajuato; pero bien pronto se convenció de que ni Iriarte ni sus tropas podían

servirle gran cosa, fuese por el estado de desgarró en que se hallaban, fuese también por la poca consideración que le manifestaron, originándolo, según D. Carlos Bustamante, su situación de derrotado y el no recibir los soldados de su mano el prest, sino de la de Iriarte. En tan angustiadas circunstancias otro hombre que no hubiera sido Allende, esto es, disgustado con Iriarte, en choque abierto con Hidalgo y sin recursos algunos para levantar un ejército á cuya cabeza pudiera colocarse, porque para eso eran precisos grandes caudales, y ni él los tenía de suyos, ni había quién se los proporcionara, porque en las adversidades, como dice Salustio, no se concede la menor cosa ni aun á los valientes, ni en fin, quería echarse sobre el dinero ajeno, aun siendo de los españoles, porque lo resistía, y con razón su delicadeza, que en esta parte jamás desmintió, ni aquí en su país ni en ninguno otro, se habría desesperado y apartádolo del teatro de la guerra, cosa que le habría sido fácil con sólo esconderse ó disfrazado, hacerse de un barco como temía lo hiciera Hidalgo, y embarcarse para el extranjero; pero era fuerte el temple de su alma, incontrastables sus resoluciones, profunda su convicción en orden á la justicia de la causa á que él mismo había dado principio pundonoroso, y sin sombra alguna de miedo, y por lo mismo y no obstante la dureza de estos antecedentes, se determinó á reunirse con Hidalgo en Guadalajara, fuera cual fuese el fin que su suerte le deparase.

Por fortuna, hasta entonces, á excepción de Aldama, Malo, Jiménez y otros pocos, los demás ignoraban su rompimiento casi declarado con Hidalgo. Este, teniendo noticia de la resolución de Allende y de que se acercaba ya á Guadalajara, salió de ella para recibirlo con grande comitiva de coches y personas notables, prestándole todos los comedimientos de la amistad y de la etiqueta, proceder que honra á Hidalgo sobremanera, pues como Allende, deseoso en esta vez de servir á la causa que les era común, se desentendió con nobleza del desacuerdo en que estaban en lo privado. Una vez reunidos en estos términos, era imposible que Allende se desentendiera del punto principal, cual era el aumento del ejército y el apresto de todos los útiles de guerra, y así es que inmediatamente y de conformidad con Hidalgo, dividió á aquél en brigadas y regimientos, comenzó á instruirlo, y á pesar de la escasez de individuos, le nombró oficiales subalternos. Aprovechándose también, dice D. Carlos Bustamante hablando de Allende é Hidalgo, de las ventajas que les proporcionaba San Blas, y de sus almacenes extrajeron cantidad de municiones, é hicieron conducir á brazo cañones de artillería con calibre hasta de á veinticuatro, que pasaron por las Barrancas de Molchitic, donde por lo alto y fragoso del terreno, quedaron algunas de dichas piezas, cuya vista excitaba la admiración del viajero y le hacían entender de cuántos esfuerzos es capaz el hombre tratándose de su libertad. Dispusieron, además,

que D. Pascual Ortiz de Letona, de origen guatemalteco, y que había sido nombrado en el ejército mariscal de campo, pasase á los Estados Unidos con la investidura de Ministro, para que á su nombre arreglase y ajustase una alianza ofensiva y defensiva; tratados de comercio útil y lucroso para ambas naciones y cuanto más conviniese á la felicidad de ambas; y por último, que el teniente general D. M. Jiménez, marchase con diez ú once mil hombres á la provincia de San Luis Potosí y comarcanas, para que con el carácter de comandante general, fomentara la insurrección que por aquellos puntos hacia también progresos. Todo, como se ve, estaba animado, todo respiraba entusiasmo por la independencia y todo, por lo tanto, debía alentar el espíritu de Allende; mas él veía que á pesar de este estrépito, de este aparato deslumbrador, todo podría convertirse en humo si las tropas realistas se acercaban y las suyas no tenían aún la actitud necesaria para batirse con ellas; como de hecho estaba pasando una vez que le faltaba el tiempo correspondiente para prepararlas: de manera que esta circunstancia y el horror que le causó el asesinato de varios españoles que estaban presos en el seminario y colegio de San Juan, mandados ejecutar por Hidalgo con motivo, según el citado Bustamante, de una contra revolución que intentaban hacer de acuerdo con un lego carmelita y un sacerdote dieguino, sin más averiguación que una denuncia secreta, cosa que también desagra-

dó á toda la población, lo mismo que había sucedido en Valladolid con hechos de igual naturaleza lo acabaron de enfadar y poco faltó para que rompiera abiertamente con Hidalgo: y él se separara para siempre con los pocos suyos que le atendían y le habían sido fieles constantemente; pero la idea de que su separación sería aún más funesta á su empresa que la tolerancia de aquel grave extravío, lo obligaron á permanecer en Guadalajara.

A ella se acercaba entre tanto Don Félix Calleja en unión de Flon, y todos entendieron por lo mismo, que se acercaba ya el día del combate, combate tanto más importante y decisivo, cuanto que en él tenían que haberse las los caudillos de la independencia, no sólo con los dos generales que quedan mencionados, famosos ya por sus victorias de Aculco y Guanajuato, sino también con D. José de la Cruz, á quien se le había confiado el ejército de reserva, y debía reunirse con aquellos, según las instrucciones de Calleja, si bien esto último no tuvo efecto por haber sido detenido Cruz en Veracruz, con motivo de la acción á que lo provocara, por orden de Hidalgo, Mier, otro jefe de los insurgentes, en la que quedó éste derrotado. "Hidalgo, dice D. Lucas Alamán, en vista del movimiento de los cuerpos de ejército de Calleja y Cruz, vaciló sobre el partido que debía tomar y se celebró junta de guerra para decidir lo que convenía hacer. El plan propuesto por Hidalgo fué marchar con el grueso de su ejército al encuentro de Calleja; to-

mar á éste al mismo tiempo por la retaguardia moviéndose al efecto Iriarte con la gente de Zacatecas é impedir la reunión de Cruz con Calleja, situando en el camino que aquél debía seguir, un cuerpo de tropas suficiente para embarazarlo. Allende, por el contrario, teniendo á la vista los resultados de las acciones de Cruces, Aculco y Guanajuato, no quería aventurar otra, "no confiando en las tropas que tenían por grande que fuese su número y grande su artillería" y juzgaba más prudente dejar entrar á Calleja libremente á Guadalajara, y dividiendo en varios trozos el ejército independiente, hostilizar al realista en diversas direcciones y ocupar á Querétaro, ó retirarse con todas sus fuerzas á Zacatecas. Hidalgo, sin duda, tenía en consideración la dificultad de movilizar una masa de gente "indisciplinada;" la probabilidad de que se desbandasen dividiéndola en varios trozos; la casi incertidumbre de perder la numerosa artillería que tenía reunida; el menoscabo de su crédito abandonando á Guadalajara y la falta de recursos si se perdía aquella capital; razones todas de mucho peso, aunque también lo tenían y acaso mayor, las que asistían á Allende para no arriesgarlo todo en una acción, cuyo éxito temía fuese funesto. La junta se decidió por la opinión de Hidalgo y se tomaron las disposiciones que eran consiguientes." Aquí, como en la víspera de la derrota de Aculco, se ve que Allende rehusaba aventurar la suerte de sus armas en una batalla decisiva, y con sobrada